




---

**B O N A N Z A S**


---

Diversos han sido los trayectos que han llevado a la construcción del Estado nación mexicano en los últimos ciento cincuenta años. El siglo XIX se caracterizó por el paso del estruendo de la guerra al de la máquina. Con la expansión del proceso industrial vino la incorporación al comercio mundial. La nación se convirtió en una experiencia de expansión. La revolución armada de 1910 fue la expresión de intereses y agravios locales, consecuencia de la modernidad, necesidad de modificar la distribución del poder. Tras la promulgación de la Constitución de 1917, el Estado nación transitaba al Estado nacional. El final del siglo XX se caracterizó por la búsqueda de la democracia que garantizara los derechos básicos del ciudadano para nombrar libremente a sus representantes. Ahora está en juego qué entendemos por México, y si México puede significar que el bienestar colectivo es condición del bienestar individual. La consolidación democrática es, sin duda, una de las rutas a seguir para delinear el nuevo mapa de la nación.

It have been diverse the passages that have taken to the construction of the Mexican state nation in the last one hundred fifty years. Century XIX was characterized by the passage of the roar of the war to the roar of the machine. With the expansion of the industrial process came the incorporation to the worldwide commerce. The nation became an expansion experience. The revolution armed of 1910 was the local expression of interests and offenses, consequence of modernity, necessity to modify the distribution of the power. After the promulgation of the Constitution of 1917, the state nation journeyed to the national state. The end of century XX was characterized by the search of the democracy that guaranteed the basic rights of the citizen to freely name its representatives. Now it is in game what we understand by Mexico, and if Mexico can mean that the collective well-being is condition of the individual well-being. The democratic consolidation is without a doubt, one of the routes to follow to delineate the new map of the nation.

## Apuntes de un sentimiento

Que los Estados mudan costumbres y, por consiguiente, la Patria no será del todo libre y nuestra mientras no se reforme el Gobierno...<sup>1</sup>

**E**n 1849, Manuel Verástegui, político potosino, escribió en defensa de los sublevados de la Sierra Gorda: “la Patria es el bienestar y como esos campesinos no tienen bienestar tampoco tienen Patria que defender”. Manuel Verástegui resumió en esa frase el drama de nuestro país. Su advertencia se dio en el contexto de la guerra con Estados Unidos y de la acusación contra los sublevados de ser desertores del ejército mexicano que comandaba el general Santa Anna.

La mirada de Verástegui era más profunda, detectaba la fractura que dividía al país no sólo en regiones, sino, y sobre todo, en clases sociales. Los campesinos e indígenas sublevados representaban a cientos de familias que eran utilizadas por las elites gobernantes para sus batallas y discursos nacionalistas.

Los rebeldes que encabezó Eleuterio Quiroz tenían como nación a su territorio de la Sierra Gorda, y sus conocimientos, lenguajes y aspiraciones se tejían en esas abruptas montañas; en sus hendiduras, cuevas, ríos y en las rutas para comerciar sus productos. Manuel Verástegui veía a la Sierra Gorda como parte estratégica de sus intereses regionales que se asentaban en la población de Rioverde, pero cuyos horizontes se vinculaban a la ciudad de San Luis Potosí y a la de México.

---

\* El Colegio de San Luis. Correo electrónico: tcalvillo@colsan.edu.mx

<sup>1</sup> Fragmento de los “Sentimientos de la Nación”, en Ernesto Lemoine, *Morelos. Su vida revolucionaria a través de sus escritos y de otros testimonios de la época*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, p. 371.

El siglo XIX mexicano estuvo repleto de numerosos casos de desertión a lo largo y ancho del territorio. Las órdenes de las autoridades para reclutar soldados con frecuencia no podían ser cumplidas. Los hombres huían de los pueblos, sin importar si el llamado provenía de los liberales o de los conservadores, del imperio o de la república. La leva fue otra forma de servidumbre para una mayoría que lentamente se adaptaba a la nación naciente. Nación que delineaban los militares, hacendados, mineros, comerciantes, curas, abogados, periodistas.

Los campesinos y los pobres de las urbes eran el número que se necesitaba para darle presencia a los ejércitos. El país se fue conociendo en esas guerras; los ejércitos provocaron un conocimiento del territorio nacional que desbordó los estrechos límites de las localidades.

No es casual la letra del himno nacional; es un documento de su época que asume a la nación como una tarea militar. El orden del ejército derivaría el orden de la industria.

Los que dirigieron las guerras del siglo XIX edificaron el régimen porfirista; ese trayecto se puede enunciar como el paso del estruendo de la guerra al estruendo de la máquina.

Las victorias no fueron únicamente de los proyectos políticos liberales, sino sobre todo fue la expansión del proceso industrial, de la incorporación al comercio mundial dominado por Europa y, posteriormente, por Estados Unidos. Las definiciones internas políticas fueron el resultado del acoplamiento a esa dinámica que la máquina y el capital impulsaron. La sociedad nacional se definió en ese contexto, e incorporó las nuevas formas de explotación usando los recursos naturales que servían para desenvolver un proceso cuyos ejes de gravedad principales estaban en las capitales europeas.

La guerra de independencia y las subsiguientes significaron el reacomodo territorial en el desplazamiento de nuevos equilibrios de poderes.

La guerra con Estados Unidos, que fue experimentada de maneras diversas por las diferentes comunidades del país, evidenció la lógica de esos reacomodos y el peso definitorio que las sociedades anglosajonas del norte estaban adquiriendo.

El país sobrevivió a la gran pérdida de territorio debido a la cohesión que los siglos virreinales produjeron. Los elementos culturales jerárquicos y su multiplicación silenciosa en variantes regionales de un viejo orden fracturado, cuya ubica-

ción geográfica le permitió ser un nodo histórico en los procesos de mundialización, fueron fundamentales para la preservación del país.

Una red cultural se había desarrollado a pesar de las carencias en las comunicaciones. Las fiestas religiosas, las devociones, las hagiografías permitieron un diccionario cultural común.

Los ejércitos, junto con los escribanos y políticos, conformaron una retórica política que en ámbitos locales fue permeando el nombre de México como un referente común e integrador, que sustituyó al del rey. La imprenta fue clave en este proceso, el poder de quien leía y comunicaba en voz alta era semejante al oficial de mando en un batallón.

La circulación de ideas se intensificó; los propios documentos, pasquines, decretos, llamados, construyeron una realidad literaria que enmarcó los conflictos políticos y afectaron el lenguaje común y la imaginación colectiva.

Las metáforas del siglo XIX para defender a la patria fueron un producto militar y burocrático, que se enfrentaban a otras en idiomas que no eran el español, y cuyo autor era el mercado sostenido por ejércitos y administradores.

Las localidades se vincularon a esos discursos cuyos autores se encontraban principalmente en las ciudades. La idea de la nación poco a poco se fue consolidando como una representación que permitía ampliar los límites locales y las fronteras regionales.

La nación era una experiencia de expansión y un acto de fe para hacer posible la racionalización de los procesos de cambio civilizatorio en un amplio territorio histórico. Era el eslabón entre las comunidades, las localidades y los centros de mayor población donde se articulaba el intercambio de los procedimientos económicos, políticos y culturales.

La figura de José María Morelos encarnó ese tiempo que entrecruza las aspiraciones de los pueblos concretos de carne y hueso con la alternativa de establecer un orden y un gobierno más próximo al lenguaje cotidiano de los habitantes de un extenso territorio que los sacerdotes como él identificaban como constituyente de una nación diferenciada y única, la América Septentrional, la América Mexicana de los insurgentes de Chilpancingo de 1813.

Las elites gobernantes de las principales ciudades negociaron sus posiciones aceptando, no sin forcejeos, la preponderancia de la ciudad de México en la dirección del Estado nación naciente.

Lucas Alamán, en los primeros años del México independiente, representó la lucidez en esa compleja etapa al sostener la convicción de la unidad a través del cambio y la tradición. Su papel como ministro de gobernación en los tiempos del primer federalismo no es distante del que representó el presidente Benito Juárez durante los años de la intervención francesa. Ambos, frente a contextos y proyectos de disgregación, mantuvieron la visión de una unidad fundamental que le correspondía emprender y defender al Estado.

La construcción de un centro de unión conllevó la definición de una representación que expresaba la voluntad de las gentes, la soberanía frente a una fragmentación que amenazaba con desintegrar herencias culturales y posibilidades de constituir una opción distinta a la española, francesa o anglosajona.

La política, como un arte discursivo, comenzó a operar formas antiguas y nuevas de organización. México se convirtió en una convicción política; era el propio sentido de reflexión y de la acción; era, al principio, más un territorio para la definición de una nueva clase política que un territorio definido. La guerra con Estados Unidos modificó esa percepción.

La literatura comenzó a dejar paso a la economía y a la razón de los ingenieros. El territorio nacional no era ya más una oda; era el cálculo preciso para las delimitaciones de los terrenos.

El capital, la propiedad, la máquina, la industria, los bienes poblaron el mapa. Porfirio Díaz llegaba después de haber cruzado los campos de las batallas más importantes contra las fuerzas extranjeras; a su manera, representaba la herencia de Juárez y Alamán, y su régimen encarnó lo que era el Estado nación, la organización del capital y el trabajo y la explotación de las llamadas riquezas naturales.

En la esfera de lo cultural se podían decir muchas otras cosas. José María Velasco se volvió un centro de atención porque contemplaba lo que pronto ya no estaría. El paisaje adquirió una centralidad que se volvió una advertencia, una señal, no sólo inspiración. La invención no dejó lugar a la contemplación; es una verdad que se oculta en los cuadros de Velasco.



José María Velasco. *Cañada de Metlac (Citlaltépetl)*, 1897.<sup>2</sup>

El extranjero volvió ya no con cañones y soldados, sus armas eran otras. El capital y la máquina ocupaban el ya definido territorio nacional.

La organización del trabajo, su enclaustramiento, su aislamiento, era también una concentración social. Por un lado, la industria demarcaba nuevas entidades sociales y, por otro, el ferrocarril y los caminos que se abrían redefinirían las circulaciones comunitarias.

El mercado obligaba a nuevas formas de representación y autoridad política. En un primer momento, esas esferas se restringieron a hacer posible el diseño e implementación de esas nuevas demarcaciones. La rigidez es su característica, pero posteriormente, ante la dinámica propia de toda relación social, se volvió inoperante. Esa tensión constituyó la dictadura; en el fondo, el desarrollo del propio mercado apuntaba una socialización diferente del poder político, de la representación y de la llamada soberanía. Era el paso otra vez a la literatura, al discurso que irrumpía.

<sup>2</sup> Tomado de Xavier Moysén, *José María Velasco. El paisajista*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997.

La tecnología, más veloz que la realidad y la imaginación política, afectaba la vida cotidiana de las familias. La fábrica se apropiaba del milagro evangélico, y multiplicaba los panes y los zapatos, los vasos y los deseos. Era la nueva Iglesia, una religión que edificaba sus santuarios. Los siglos anteriores levantaron templos, en el porfiriato se levantaron fábricas; sin embargo, carecía de una liturgia que el movimiento revolucionario aportaría. Los políticos se comenzaron a convertir en creyentes de ese culto que se diseminaba por todos los rincones. La patria era la manera propia de ofrecerle devoción. El latín desaparecía, se escuchaba aún en los seminarios, el inglés era el idioma sagrado que se propagaba, el francés mantenía su prestigio.

La nación se volvió también una empresa en competencia, las guerras europeas de principios del siglo XX lo expresaron con excesiva crueldad.

Lo nacional era la marca del producto. La multiplicación de los panes era, además, la multiplicación de las necesidades y de las demandas, de las ilusiones y deseos, de reclamos y agravios, de descubrimientos y nuevos milagros llamados invenciones. El orden político era incapaz e inoperante para darle cabida a esa multiplicada realidad. Tampoco la Iglesia y su orden moral lo pudieron hacer, sólo provocaron el retorno de los jacobinismos.

El liberalismo y el anticlericalismo se expandieron en la literatura, y la metáfora resurgió como acusación. La burla, la ironía, el sarcasmo, la denuncia cubrían la prensa de las ciudades. El lenguaje era el primer territorio de las batallas que se avecinaban.

La velocidad de la máquina se expresaba en el lenguaje político; la urgencia de los cambios era asumida y manifestada por los testigos urbanos que habían nacido en el seno de sociedades políticas herederas del XIX.

El territorio nacional quedó demarcado por las líneas de ferrocarriles y los centros mineros. Los bosques comenzaban a ser arrasados para facilitar el proceso de industrialización. El orden político, la arquitectura en las ciudades, las grandes obras hidráulicas formaban parte del mismo proceso donde se entrelazaban las elites políticas y económicas y los inversionistas extranjeros, particularmente los norteamericanos.

Los escritos de Ramón López Velarde en sus imágenes no son lejanos a los cuadros de Velasco, aunque esa provincia, esa localidad, que es la huella de la nación, esté sometida a una modernidad cuya textura se encuentre más en la es-



Como es tiempo de Cuaresma,  
Es decir, de la Pasión,  
Hasta los obreros cursis  
Matan la Constitución,  
Una Convención Obrera  
Radical, o qué sé yo,  
Ya postula a Don Porfirio  
SEXTA VEZ... ! VAYA POR DIOS!<sup>3</sup>

tructura y velocidad de sus metáforas poéticas, en su sintaxis. En las letras y el arte se permeaba un sentimiento que se volvería un discurso de lo nacional.

*Suave Patria: tu casa todavía  
es tan grande, que el tren va por la vía  
como aguinaldo de juguetería.*<sup>4</sup>

<sup>3</sup> Tomado de Salvador Pruneda, *La caricatura como arma política*, México, Instituto Nacional Estudios Históricos Revolución Mexicana, 1958, p. 261.

<sup>4</sup> Ramón López Velarde, *La suave patria y otros poemas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 268.



La irrupción de los inversionistas extranjeros influyó en la fractura de una burguesía que se mostraba segura en los retratos del pintor Germán Gedovius.

Francisco I. Madero, un empresario atenido a sus creencias espiritistas más que a un proyecto político, emprendió la cuenta final de un régimen que envejeció en su vértigo.

Madero logró desatar las múltiples fuerzas y rostros del país. Sus propuestas reformistas desencadenaron cientos de revueltas. Su apuesta personal por un régimen democrático no tardó en detonar una experiencia social inédita por su magnitud y complejidad, todos los Méxicos que se querían hacer oír aparecieron en el escenario de lo político.

La revolución armada fue la expresión de las diversas realidades del país. Los intereses y agravios locales, las consecuencias del proceso de modernidad económica, la necesidad de expansión de grupos sociales y regiones que quisieron modificar la distribución del poder, el reto de los estados a la cultura política que se asentaba en la ciudad de México, todo ello encontró en la violencia un cauce, un lenguaje que fue diseñando su propia mitificación.

Echados a andar, centenas de campesinos soldados ya no se podían detener, tenían que llegar a la capital, ocuparla y volver; un ritual militar, cívico, que advertía de la naturaleza descarnada del poder y de los abismos entre las minorías de la urbe y los numerosos grupos campesinos.

Las localidades se aglutinaron, y las regiones del norte y el sur, del este y el oeste expresaron lo que entendían por país, por México.

Venustiano Carranza, el heredero de las instituciones políticas, se encargó de ordenar y uniformar esa diversidad.

La fuerza de trabajo requería un orden distinto que orientara un proceso de mayor legitimidad en el desarrollo del mercado y la industrialización.

El discurso de la revolución se inventó, asimismo, y permitió en medio de la violencia y la lucha por el poder de las distintas facciones imaginar una nación más justa.

La Constitución de 1917 fue una culminación y un inicio. La tradición de los libros fundacionales era religiosa, el mundo secular la adoptó. La Constitución logró convertirse en un referente y ubicarse como un centro de gravedad que influía en la organización jurídica y política del país y demarcaba las dinámicas del mercado, las moldeaba socialmente para incorporar de forma más estable a las

fuerzas sociales que la propia etapa del porfirismo había impulsado. Era, por otra parte, un eslabón histórico que mostraba una larga continuidad que permitía ubicar el pasado y el presente en una misma narración, la historia era la de una sola nación y tenía un sentido que el texto constitucional reconocía y evidenciaba.

El Estado nación transitaba al Estado nacional. En ese tránsito, la ciudad de México hizo pesar su antigua centralidad; como vórtice histórico, en ella confluían los actores regionales e internacionales. La densidad histórica de ese centro de unión tuvo un peso definitorio en los procesos políticos regionales.

En los años veinte, las luchas por establecer las nuevas prácticas políticas fueron acompañadas por una edificación cultural que reafirmó la función articuladora de la capital del país.

El discurso nacional aparecía como expresión de hegemonía del centro sobre las regiones. No sólo el discurso era hegemónico al construir un lenguaje político que definía las prioridades y se sumaba a la elaboración de una cultura que mitificaba y legitimaba sus propios proyectos y permanencia, también las acciones, los acontecimientos que involucraban a los gobiernos de Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles determinaron lo sustancial y subordinaron y negociaron todo aquello que no se involucraba directamente con los hechos políticos militares.

En el fondo, la disputa nacionalista era un replanteamiento de las relaciones de poder de un territorio histórico y su inserción social más definida en el mercado cuyo dominio estaba en disputa, aunque las fronteras territoriales todavía podrían definirse. Las pugnas por el reconocimiento internacional de los gobiernos de Obregón y Calles se enmarcaron en ese contexto donde Estados Unidos y Gran Bretaña eran los principales actores capitalistas.

La urgencia de cohesión y dominio marcó la década de los veinte, y delineó los trazos de lo que se llamaría una cultura nacional, que poco a poco sería más incluyente en la medida que la amenaza político militar decaía.

Los obreros y campesinos fueron absorbidos por esa urgencia, y determinaron así su vínculo con el Estado y la sociedad en general. El sobrepeso de la identidad nacional redujo el horizonte de los trabajadores y los encasilló en la lógica de un poder central nacionalista que labraba su legitimidad con discursos y acciones expropiatorias.

Se creó una representación de lo nacional donde los derechos de los trabajadores representaban uno de los principales logros a los que no se podía renunciar.

Ese discurso encarnó en la reglamentación del artículo 123 y, particularmente, en la creación de una institución: la Junta de Conciliación y Arbitraje, que ejemplificó el papel protagónico de la clase política en el ámbito de las relaciones laborales.

El mercado, el desenvolvimiento de la industrialización y el capitalismo tenían un nuevo actor que mediaba, distribuía, acotaba y definía una propuesta nacionalista de explotación que tuviera mayor consenso en la población general del país.

El ropaje de las expresiones culturales, como el muralismo, acentuó un discurso nacionalista que sirvió en el lenguaje colectivo y en la imaginación pública, particularmente en las ciudades, de amalgama social. Se construía con pinceles y tinta, con trazos y frases una imaginación colectiva que tuvo un proceso doble; por un lado, fortalecía a una nueva clase dirigente y, por otro, otorgaba una explicación a la vida cotidiana de los habitantes del país y daba sentido a los miles de muertos de las luchas armadas.



Fragmento de un mural de Diego Rivera<sup>5</sup>

<sup>5</sup> Tomado de Claudia Ovando, *Diego Rivera. El agua, origen de la vida*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1999.

Los nuevos mitos revolucionarios buscaron fundar velozmente un lenguaje común que moderara las diferencias y permitiera una representación colectiva integradora, una hagiografía.

Los contornos de lo nacional se fueron delineando en correlación estrecha con los acontecimientos y las diversas expresiones políticas. El control paulatino de los hechos políticos y económicos produjo un discurso que obligó a homogeneizar la desigualdad así como distancias culturales de los mismos protagonistas políticos.

Desde el inicio del proceso revolucionario, la elaboración discursiva de los acontecimientos sirvió de amalgama entre grupos sociales y regionales. La función de la prensa y de los manifiestos fue significativa en ese sentido.

La construcción de un lenguaje común fue una de las importantes tareas a las que contribuyó la Constitución de 1917, más allá de sus posibilidades reales de aplicación. La violencia quedaba domada en ella; ella explicaba su inicio y su fin. Era una ficción literaria, una ficción en la que se creía, y por lo mismo atrajo la realidad compleja de un país que luchaba por reafirmar un proceso de integración que tuviera reglas más cercanas y justas para millones de hombres y mujeres que abandonaban los ritmos de las localidades y comenzaban a participar en el vértigo de la sociedad industrial, por limitada que aún fuera ésta.

El libro de la nación estaba escrito, lo que siguió fueron las batallas por su dominio, aplicación e interpretación. Es difícil pensar al México del siglo XX sin ese texto; al margen de que se le ignorara, permitió imaginar un país distinto, que acotaba a las potencias extranjeras y aspiraba a que la razón y la justicia prevalecieran sobre la fuerza y los atropellos. Era, a su manera, también un texto para ordenar de forma nacional el mercado. El bienestar de la población, al menos en la letra escrita, era una señal para no perder el rumbo. Además, logró acentuar el dominio del centro sobre las regiones, reconociendo soberanías que en la práctica no se ejercieron, y cuando hubo intentos, la represión y el uso de la razón de Estado se impusieron.

La relación entre el poder central y las diversas regiones ha sido contradictoria, cambiante y no pasiva. En cada región han existido áreas precisas y grupos sociales específicos que, por diversas condiciones históricas, económicas y políticas, han sido clave para articular y dinamizar la idea de México como una sola nación. Son esas zonas del país y esos actores sociales los que pueden explicar la

sobrevivencia nacional en periodos de fuertes incertidumbres. No es únicamente la señalada hegemonía que a partir de su densidad demográfica e histórica ha ejercido la ciudad de México lo que ha sostenido una cohesión y unidad territorial y de gobierno. Es el resultado de múltiples estrategias de los diversos grupos regionales que han logrado mantener vínculos con las más variadas opciones de gobiernos centrales. Los llamados cacicazgos son una expresión simple de una realidad más profunda y dinámica.

Después de la lucha armada en las primeras dos décadas del siglo XX, esa diversidad fue sobre todo sofocada por un discurso cultural centralista, cuyo énfasis nacionalista permitió darle espacio a una generación de artistas e intelectuales que se había asentado en la ciudad de México, y se relacionaba con el mundo plástico e intelectual de occidente.

La experiencia cultural se convirtió en una invención de México, que servía por igual a la familia revolucionaria gobernante y a esa clase intelectual que diseñaba su propia identidad en los años que las imágenes del cine comenzaban a aparecer.

El nacionalismo fue una construcción de los artistas y los intelectuales, el Estado mexicano era el principal empleador y promotor de ese proceso. En la práctica, el país se acomodaba y reacomodaba a la expansión y contracción del mercado internacional y al desarrollo de las tecnologías. El Estado nacional cumplía con otra de sus funciones, ser una fábrica de valores.

La mitología que elaboró ese discurso centralista afectó la riqueza de las distintas experiencias regionales, y éstas se ocultaron o languidecieron durante varias décadas.

La cultura laica e incluso anticlerical se afianzó en la capital del país, mientras en la gran mayoría de las regiones la Iglesia católica siguió manteniendo una decisiva influencia en el ámbito de la cultura, particularmente en las construcciones de la memoria histórica. La guerra cristera fue, en cierta forma, una expresión temprana de esos desfases.

La creación cultural sirvió para afianzar un régimen centralista y autoritario, le otorgó su vestimenta verbal y plástica, pero también permitió el desarrollo paulatino de una esfera de lo cultural que permitió la expresión de pensamientos críticos que lograron poner en entredicho la representación monolítica de la nación que el poder de los gobernantes imponía.

La construcción del Estado nacional fue, además, un cambio de territorios, se inició con una hegemonía del espacio rural y desembocó en la preeminencia del urbano. Los campesinos, aunque seguían teniendo una presencia numerosa, estaban excluidos de los nuevos lenguajes metropolitanos, a pesar de que su presencia en los discursos políticos fuera continua.

La migración hacia Estados Unidos se convirtió en una posibilidad más inmediata para poder participar de los bienes de una sociedad industrializada. No era ya sólo el problema de la tierra, ésta era avasallada por la magnitud de la vida urbana; la representación de lo deseable contrastaba con las condiciones limitadas en extremo de una realidad cotidiana.

El sistema político autoritario y la elaboración cultural nacionalista consiguieron una cohesión y una representación de lo nacional significativas, en ello el sistema educativo fue clave, ya que permitió un importante consenso social, y facilitó el entendimiento de todos los estados bajo un régimen centralista.

La idea de México no sólo se definió en las aulas o en los libros de texto, sino que el entramado social participó en ese ejercicio cotidiano de identidad. Al transcurrir los años, el cine, los deportes, la televisión dibujaron los rasgos de lo nacional; controlados, subordinados o influidos por el aparato político, asumieron una de las versiones posibles, e inventaron otras más esquemáticas, prácticas y fugaces. Lo cierto es que la riqueza de las diferencias, la heterogeneidad del país y sus comunidades, las profundas desigualdades no tenían cabida en esos diseños.

La propia revolución tecnológica y la expansión de las tecnologías de la información deshicieron ese modelo. Las transformaciones en el mundo externo resonaban en el territorio nacional, y eran paralelas al surgimiento activo de grupos sociales que en las regiones exigían cambios drásticos en el ámbito de la política y cuestionaban la cultura centralista.

La rebelión zapatista en Chiapas de enero de 1994 expresó de manera radical las nupcias de la tradición y la señalada posmodernidad; sus acciones combinaron elementos heterogéneos y demostraron la ya advertida aldea global, pero internamente, en el ámbito nacional, despojó a millones de un velo que impedía reconocer la cruda realidad de la mayoría de las comunidades indígenas del país. En unos cuantos días se echó por tierra la visión pasiva y sometida del indígena. Desde los altos de Chiapas la rebelión puso en el centro de la disputa nacional la dignidad de los pueblos indígenas. Tres años antes, desde la ciudad de San Luis Potosí, el mo-

vimiento cívico encabezado por el doctor Salvador Nava defendió frente al Estado el respeto a la dignidad de los ciudadanos en medio de la apertura al mercado norteamericano. La comunidad local como el antiguo origen de la nación frente a los diseñadores centralistas del nuevo reordenamiento del territorio nacional para las aplicaciones del mercado. No un discurso ideológico, sino un derecho básico, un matiz de una realidad económica avasallante.

La democracia, como un régimen político que garantice los derechos básicos del ciudadano para nombrar libremente a sus representantes, se volvió una demanda común que encontró apoyos en todas las regiones del país. Las luchas electorales adquirieron así una relevancia primordial, y reflejaban los cambios y reacomodos del mercado y los desarrollos industriales, así como la exigencia de una nueva representación política que se relaciona tanto con los procesos locales y regionales como con los vínculos con comunidades y actores que no están sujetos al territorio nacional.

Las representaciones tradicionales de lo nacional se erosionaron en la medida que el sistema político se evidenció incapaz de responder a las demandas democráticas, y expresó un alto grado de corrupción y complicidad con el llamado crimen organizado.

La amenaza externa clásica del siglo XIX, que sirvió de resorte ideológico para el nacionalismo del siglo XX, pasó a ser la propia amenaza interna, donde la política parecía desplazarse a un asunto de mafias más que de partidos políticos.

Los ciudadanos, a lo largo de varios lustros, no desistieron de encontrar las vías de una reforma democrática que acotara ese proceso de descomposición de una élite gobernante y permitiera su reemplazo a través de formas no violentas, a la vez que conservara y desarrollara las instituciones sociales que garantizaran un mínimo de bienestar y seguridad.

La reafirmación de la economía de mercado de manera intensa y expansiva y la caída del bloque socialista afectaron el ámbito político; aparecieron nuevos actores en el escenario interno, y el lenguaje político tradicional apareció desgastado e inoperante. Las bases sociales convocadas eran ya bases de consumidores, a pesar de las profundas desigualdades.

Los valores locales y regionales se entrelazaron con valores globales. La democracia, los derechos humanos, la libertad de expresión en una economía de consumo que expandía sus bienes a la vez que crecían las desigualdades se convirtieron en parte del lenguaje cotidiano, de una cultura de lo inmediato.

Los referentes nacionales se desdibujaron; al menos en su discurso e imaginario, se definieron más instintivamente a través de los medios de comunicación, que sustituyeron el papel de las elites intelectuales y del mismo sistema de educación en la producción de relatos, imágenes y reflexiones de lo que se entiende por México.

Los medios también atraparon a los políticos y los llevaron a sus columnas de noticias, a sus encabezados y foros. Los despojaron de la plaza pública y los sometieron al lenguaje electrónico. Los medios reemplazaron la retórica, y ellos se encargaron de elaborar los verdaderos discursos de la política; los políticos se han vuelto, en cierto sentido, actores secundarios en una serie cuyo guión desconocen.

Los nuevos poderes y actores, los ciudadanos diseminados por todo el país, los medios de comunicación, las mafias que logran integrar a miembros de diferentes sectores, la Iglesia y el ejército —las dos instituciones que perduran del viejo Estado nación—, las grandes empresas y los millones de accionistas que se dispersan más allá de las históricas fronteras, los grupos étnicos que exigen modificaciones sustanciales a las reglas del juego, los partidos políticos que buscan crear un lenguaje de entendimiento y representación que permita acciones colectivas definidas son parte de un conglomerado social que pone en evidencia un asunto urgente e importante, la redefinición del Estado nacional.

Lo que está en juego es qué entendemos por México y si esta historia presente puede ser la de una patria que la mayoría de los habitantes del país quiere defender día a día con su compromiso y trabajo, si México puede significar que el bienestar colectivo es condición del bienestar individual.

Los referentes tradicionales de la integración nacional han perdido fuerza, y el sistema que en parte les dio origen está en una vertiginosa transformación. Los desarrollos económicos y tecnológicos están desplegando valores mundiales y prácticas sociales que están implicando verdaderos cambios civilizatorios.

Las localidades y las regiones buscan dinamizarse de forma más autónoma, y las representaciones colectivas identitarias se multiplican al igual que los centros de gravedad que influyen en acciones decisivas.

El poder político se ha dispersado, y sus discursos pragmáticos responden a la presión cotidiana. Hay un cambio brusco de ritmos históricos, y la política se ve sometida a ellos. Los discursos están subordinados a la inmediatez y no pueden articular propuestas que permitan reconocer las rutas a seguir para delinear el nuevo mapa de la nación.



La consolidación democrática es, sin duda, una de esas rutas, y la capacidad para desarrollar condiciones de bienestar en forma colectiva, más horizontal, más cercana a los procesos propios de las múltiples comunidades del país y sus regiones, sin que esto signifique disgregación o desintegración, es otro trazo para definir ese mapa nacional. Siguiendo esas rutas, los referentes nacionales se crearán desde la riqueza de diversas experiencias que elaboren no ya un discurso único, sino la posibilidad de expresar las diferencias sin rupturas trágicas.

